CAPÍTULO III.

El Eden sonreia al sol. El pueblo innumerable de séres, sucesivamente llamados á la vida, estaba presente. La tierra aun húmeda y estremeciéndose del último cataclismo, habia sepultado las reliquias del mundo anti-diluviano bajo una capa de verdura. El volcan moribundo retiraba lentamente su llama y su murmullo al fondo de su caverna. Una brisa vaga desprendida alternativamente de todos los puntos del horizonte, barria con sus alas el vapor de la atmósfera. El agua quitada al mar en forma de nube y arrojada en las montañas en forma de nieve, bajaba de la montaña para ir en sueltas ondulaciones y en ligeros pliegues, á distribuir la fertilidad al valle; y despues de haber regado en su carrera el sauce y la violeta, vol-

via al mar, su primera patria. Al acercarse, la voz del abismo lanzaba prolongados rugidos, miéntras que la luna, pálida guarda de la olas, arrojaba dos veces al dia su rebaño de espuma sobre los algas de la playa.

La Providencia secreta de las cosas habia preparado, á través de las revoluciones de la tierra, y por medio de siglos de incubacion, todas las condiciones de la última existencia. Habia almacenado en el laberinto de sus catacumbas, montañas subterráneas de carbon, para renovar algun dia, en la superficie de la tierra, la provision siempre escasa de combustible. Habia depositado el hierro bajo las rocas como la espada misteriosa de la leyenda que debia dar el trono del mundo á la mano bendita que le encontrara. Habia sembrado en el fondo del rio un polvo de oro que la corriente llevaba de ola en ola para indicar sin duda que el metal, rey de los metales, contendria un dia una riqueza en su mas pequeña partícula, y circularia indefinidamente de generacion en generacion. Habia enterrado en el fondo de su crisol el rico tesoro de zafiros, ónices, rubíes y diamantes, para que cada rayo de la noche terrestre brotara un dia del suelo y brillara en corona de estrellas sobre la frente del elegido.

La innumerable familia de árboles, el cedro religioso, el álamo labrador, el pino doméstico, la encina, intrépida entre las olas y tempestades, desplegaba al aire libre todos los caprichos de su verdura y llevaba bajo su corteza todos los secretos aún inéditos de las formas que la industria humana debia mas tarde desarrollar á la luz.

El trigo y la cebada, destinados á alimentar una so-

ciedad, crecian juntos esperando el surco fecundante. El cáñamo y el lino, esas plantas sociales tambien, por no sé qué misteriosa analogía, tegian sus ténues fibras para el obrero desconocido que debia algun dia utilizarlas.

Y la flora cada vez mas perfumada y mas brillante, segun que se aproximaba al sol y á los trópicos, destilaba la mirra y el incienso, la laca y el alcanfor, el aceite de sándalo y la quina. Vertia á manos llenas sobre la tierra la ciruela, el albaricoque, la cereza, la fresa, el melocoton, la granada, la almendra, la frambuesa, la naranja, la guayaba, el mango, la piña, la vainilla y la banana santa de los brahmas, que fué el primer alimento, la primera gota de leche caida del seno de la naturaleza sobre los labios infantiles de la humanidad.

La pimienta y la canela esparcian al viento el polvo ardiente de sus aromas; el café empapaba su sávia de no sé qué electricidad; la caña preparaba el azúcar en sus celdas, la grama preparaba la púrpura en sus raíces, y la viña guardaba en sus racimos la simpatía: por todas partes la vegetacion profética trabajaba para un porvenir misterioso.

Las flores desplegaban las ricas armonías de sus colores, y sacudian al viento sus incensarios para festejar la natividad del nuevo Mesías de la creacion. Las rosas, los claveles, las verbenas, los jazmines despedian sobre su camino puros efluvios de aroma. La ninfa salia del fondo de las aguas, en su concha de plata para verle pasar, y el sindrimal nocturno abria castamente su corola para embalsamar su primer sueño.

Los animales sentian en esta era suprema de anunciacion, la profecía confusa de un huésped nuevo que murmuraba sordamente en sus instintos. El toro pensativo, echado en la pradera, interrogaba con su mirada los espacios; el caballo entusiasta relinchaba al soplo del levante; el perro simpático olfateaba en la atmósfera; el elefante confiado en su fuerza, escuchaba como el ruido de un paso á lo léjos; la dulce oveja desplegaba la lana de su vellon; y el dromedario disforme como el terreno movedizo del desierto, inclinaba su silla hasta el suelo para recibir la carga.

Todos estos familiares de la humanidad, desconocidos unos á otros, se citaban en comun hospitalidad. Acababan de ofrecer sus músculos y sus servicios al futuro pensador de la tierra, como miembros nuevos y trabajos adelantados, para dejarle el ócio y el recogimiento de la inteligencia. El leon y el tigre, esos usurpadores, mitad destronados del imperio de la fuerza, sentian que iban perdiendo su poder y tomaban lenta y silenciosamente el camino del destierro.

Entre todas estas razas que esperaban, los privilegiados de la luz, que reflejan al aire todos los colores del prisma, y solo sirven por su belleza; el pavo real, lujo viviente de la creacion; el colibrí errante como un rastro de fuego, saltaba de flor en flor: la mariposa, el bengalís, el alcion, el faisan, el gilguero, sembraban sus chispas de luz y sus pedrerías enmedio de la verdura de los bosques, como para atraer por medio de sus resplandores la admiracion aún ausente, y la única que podia comprender su esplendor.

Y toda la creacion terrestre se amaba á distancia

del hombre como en su unidad. Y los séres creados, animales ó vegetales, bajo la hoja ó bajo el pelo, vivian entre sí, en perpétua efusion, cambiando sin cesar su aliento y su sustancia. Respiraban juntos, crecian á un tiempo. El aire, este gran depósito invisible de todas las existencias, formaba el vegetal. El vegetal que no era mas que el aire trasformado en cuerpo sólido, pasaba al cuerpo del animal herbívoro. El animal herbívoro, que no era mas que el vegetal trasformado, pasaba al cuerpo del animal carnicero; pero la parte de alimento que no se habia unido á la fibra del animal, volvia á la natal atmósfera en forma de vapor de agua, es decir, de oxígeno y de hidrógeno; de ácido carbónico, es decir, de oxígeno y de carbono. Las plantas volvian á beber el agua y el ácido carbónico exalados del animal, los elaboraban en sus alambiques; devolvian á la atmósfera el oxígeno purificado, guardando el hidrógeno y el carbono, y restablecian en todas las partes constitutivas del aire respirable, el equilibrio que la vida animal destruia continuamente con su inmenso consumo de oxígeno.

En fin, la tierra maternal para todos los hijos que estrechaba en su seno, parecia no tener, en su rotacion alrededor del sol, mas deseo que poner por la inflexion de su curva y la inclinacion de su elíptica, su numerosa familia en relacion directa con la luz del sol.

Reasumiendo y echando la última mirada hácia atrás, la vida no era sobre la tierra, al otro dia del último génesis, mas que una vasta metempsícosis que buscaba de forma en forma, de potencia en potencia, de la agregacion á la vegetacion, de la vegetacion á la

sensibilidad, de la sensibilidad al instinto, del instinto á la inteligencia, el último tipo que no habia podido aún hallar; una ascencion infatigable hácia la suprema emanacion; una gerarquía infinita de diversas funciones ejercidas por séres distintos, para llegar á un sér superior, y á una funcion de superior soberanía.

Y vivir para cada uno de esos séres, era participar de la eternidad por la duracion, y del espacio por el movimiento, y al mismo tiempo y por la misma ley, de todos los elementos de vida esparcidos en el espacio y en la duracion. Cuanto más bebia el sér en la forma para su configuracion, en la luz para su calor, en el calor para su temperatura, en la electricidad para su sensibilidad nerviosa, en el sonido para oir, en el espectáculo para ver, tanto mas tocaba al mundo exterior por distintos puntos de contacto, tanto mas comunicaba con él, tantos mas tesoros adquiria su organismo; en una palabra, tantas mas fuerzas acumulaba, mas órganos y mas facultades y acciones, y por esto mismo estaba mas vivo.

Cuanto mas dramática era en él la vida, tanto más unitaria é individual era, porque el carácter esencial de la multiplicidad era resolverse siempre en mayor suma de unidad y este carácter del individuo mas único y mas diverso á un tiempo, se reproducia en todas las fibras de la materia. Cuanto mas viva estaba, mas lo estaban tambien las partes de su cuerpo; cuanto mas numerosos eran sus órganos, mas individualizados estaban. Cuanto mas elementos orgánicos alternados contenia su tejido, tanta mas energía, como la pila de Volta, contenia este tejido.

Habia llegado la hora del último misterio. La tierra esperaba. El hombre apareció dando la mano á la mujer, y llevando en la frente, como una aurora que nace, la majestad del pensamiento.

¿Cómo ha nacido por primera vez á la vida? ¿Por medio de qué expontánea generacion? ¿Por medio de qué misteriosa incubacion? ¿En qué larva, bajo qué crisálida ha vegetado, silenciosamente envuelto, hasta el dia en que ha podido mostrarse á la luz del sol? Solo lo sabe el que ha roto el molde de la última creacion, y ha sembrado á lo léjos los restos.

El cuerpo del hombre es el cuerpo del animal trasfigurado y levantado hácia el cielo para dominar con su mirada la tierra. El pié, zócalo movible, estendido sobre el suelo, de modo que pueda servir de punto de apoyo, sostiene perpendicularmente una pierna alta y flexible por la rodilla, que dá al paso por su altura y flexibilidad, mas soltura y mas lijereza.

El hueso *innominado*, ensanchado sobre la cadera y el cuello del femur, proyectado en arco, asienta el tronco del cuerpo á plomo sebre una base fuerte, en un equilibrio mas sábio. El pecho saliente, desarrollado de hombro á hombro, funciona con facilidad y aspira ámpliamente el aire de la atmósfera. El brazo inútil para andar, cuelga á un lado como uu órgano disponible reservado para funciones ulteriores. La mano, suelta, carnosa, interiormente revestida bajo la pulpa de un tejido nervioso para palpar mejor y vibrar con el contacto, armada á su extremidad de cuatro dedos largos, articulados, dispuestos á la contraccion, y movidos cada uno por un resorte particular; cerrada por un pulgar vuelto que puede oponerse á voluntad á los otros cuatro dedos, para coger mejor y encerrar los objetos cogidos, es un rico clave de teclas independientes, que pueden obrar una á una y modular indefinidamente su accion por una innumerable variedad de movimientos.

La cabeza, última vértebra colocada en la extremidad de la columna, suspendida en el espacio, movible sobre su eje y redonda en la cúspide, parece reflejar, por no sé qué misteriosa simetría, la curva del cielo en la curva de su cúpula. El cerebro, más grande que el de ningun animal, duerme abrigado y recogido bajo la bóveda del cráneo como bajo el firmamento del pensamiento. La niña del ojo, estrella de la mirada, encerrada tambien en una elipse, rádia desde el fondo del arco de las cejas su apacible claridad. La oreja abre al aire libre, de cada lado de la cabeza, su concha armoniosa, modelada para las ondas sonoras, como la bahía en la ribera por las ondas del mar. La nariz inclina hácia la tierra su copa para aspirar al paso el vapor que sube de los perfumes. El pliegue del lábio ondula en línea rota, arco suelto y movible siempre dispuesto á arrojar la palabra. En fin, la cabellera flota al viento esparcida sobre la espalda, en señal de fuerza, como la meleua del leon.

El cuerpo del hombre está, pues, admirablemente combinado y equilibrado para la sensacion y el movimiento. Tiene como el animal cuatro sentidos abiertos al contacto de la naturaleza, pero mejor dispuestos para recibir las impresiones. Puede ver, oir desde lo alto de su estatura, como desde lo alto de un observatorio, en todas direcciones y á todos los vien-

tos de la atmósfera. El ojo, cerca del otro ojo, dá á su mirada la unidad de la vision. La oreja, modelada sobre la vibracion del sonido, recoge hasta el mas imperceptible rumor. Las aberturas de la nariz, privilegiadas, analizan en la criba interior de su membrana las diversas especies de perfumes. La lengua, despojada de escamas por excepcion, saborea fácilmente los innumerables sabores del gusto. La piel desnuda, cubierta solo en algunas partes de vello, como un resto del vestido animal, que la naturaleza le ha dejado por piedad, esperando otro abrigo, absorbe ó puede absorber sin necesidad de un mediador la voluptuosidad de la sensacion por todos los poros de la epidermis. La mano, eminentemente creatriz y plástica, llena de gracia y de caricias, lleva con anticipacion en sí todas las formas de arte que debe sucesivamente crear y sembrar en los siglos de la humanidad.

Pero el sér exterior, por mas perfecto que le consideremos en sus armonías, encierra y envuelve un sér interior mas perfecto aun en sus facultades.

El hombre tiene facultades para comunicar con la vida universal, para sentirla y reflejarla. Tiene la sensacion ó la facultad de la sensibilidad; las simpatías ó la facultad del amor; la razon ó la facultad del conocimiento. Tiene, ademas, para reconocer sus facultades, la conciencia; para recordar sus actos, la memoria, para dirigirlos, la voluntad. Sentir, conocer, amar; saber que se siente, que se ama, que se conoce; recordar que se ha sentido, amado y conocido; querer sentir, amar y conocer; hé aquí el hombre interior en su múltiple unidad.

El hombre es, pues, en la tierra el sér mas vivo, porque es el mas múltiple, y el mas múltiple porque es el resúmen de las demas existencias. Hay en su organizacion una parte puramente caliza que le une al mineral, y otra puramente vegetal que le une al vegetal. Es el sér de los séres. Su vida sagrada es el arca de alianza de todas las especies errantes sobre el planeta. Las contiene todas, trasfiguradas y llevadas por él á su supremo poder. Por lo mismo que el hombre es el sér mas completo, es tambien el mas personal; porque cuanto mas vária la vida, tanto mas uniforme es para reunir todas estas diferencias en un centro comun, y mas este centro comun vivificado por elementos diversos, se hace poderoso.

El hombre solamente posee entre todos los séres de la tierra la mas alta expresion de personalidad, la conciencia. El solo sabe que vive, que vivirá siempre; el solo tiene la tradicion, que es la memoria de la especie en el individuo; solo él tiene la prevision, que es la anticipacion del presente al porvenir, la palabra ó la voz, modulada hasta el infinito, para traducir la modulacion infinita del pensamiento; la aptitud para el trabajo ó la actividad libre del cuerpo, dirigida por la inteligencia y apropiada á la necesidad; él solo, en fin, tiene la prerogativa de la perfeccion ó la facultad de convertir la experiencia adquirida en mejoramiento de su destino.

Cuanto mas vivo está, tanto mas partícipe es cada parte de su cuerpo de su vida integral é interior, participando mas de la atmósfera vital, del calor y de la electricidad, tanto mas independiente es y personal á

una sola funcion, y al mismo tiempo responsable de las demas partes, hasta que esta federacion diferente de miembros distantes, llega por medio de una gradacion bien dispuesta de órganos hasta la cara, santuario supremo que los junta en su unidad.

La cara es al cuerpo del hombre, lo que el cuerpo es al resto de la creacion; el sér reasumido y reproducido en todo su esplendor. Representa mejor que ninguna parte del mecanismo, los tres reinos de la naturaleza. Refleja una vida abundante por medio de una línea incidental que ondula de elipse en elipse desde la frente á la barba, y un color mas variado que en la de los demas séres, desde la primera púrpura de los lábios y encarnado de las megillas, hasta el íris del ojo y el rizo de cabellos que brilla al sol. La cara del hombre es el ideal supremo de la belleza.

Armonía, gracia, proporcion; razon, simpatía sensibilidad, accion, memoria, voluntad, palabra, prevision, industria, perfectibilidad, hé aquí los primeros signos de la superioridad del hombre sobre las demas criaturas. Pero el hombre atestigua su grandeza por medio de otros signos que la filosofia todavía no ha determiminado.

A medida que los séres bajan en la escala de la vida, pertenecen mas al espacio. No puede cambiar de horizonte; ni atravesar ciertas fronteras. La planta de un suelo, muere bajo otra latitud. El animal de un clima languidece en otra tierra: el hombre solo desafia esta ley de una creacion mas finita que él, y edifica su tienda desde el polo al ecuador. Su vida es como la vida

universal del planeta esparcida en todos los puntos de la supefircie.

A medida que los séres se hunden en la noche, esposa de las primeras organizaciones, pertenecen cada vez mas al movimiento general de la gravedad. Una especie de fatalidad reemplaza en ellos la voluntad, la inteligencia, y regula mecánica y periódicamente sus actos y funciones Así una estacion apaga y enciende á una hora fija, todos los amores en cada hemisferio. La planta recibe el mismo dia que el pájaro la órden de amar y de dejar de amar. El hombre solamente viola esta órden como si fuera en la tierra el fuego siempre ardiente del altar.

Sin duda el hombre no escapa por completa á la tiranía de la gravedad, sufre ménos que la planta el golpe de la revolucion anual de la tierra al rededor del sol. Sin embargo, la sufre. Tambien sufre la influencia de su revolucion diaria sobre sí misma, y no puede detener bajo sus piés á la tierra que le sumerge en las tinieblas, pero lucha con esta doble influencia. Despues, al estudiar la historia de sus progresos, veremos como ha salido de esta lucha.

Así como está presente en la tierra por todas partes donde la vida puede existir; así tambien es omnívoro, para mezclar en una comunion continua con el universo, todas las sustancias orgánicas en sustancia sagrada, y simbolizar así esta revolucion perpétua de la vida, que mueve indefinidamente desde el primer cataclismo la materia de las organizaciones inferiores, para arrojarla á otras mas poderosas. Hace así para pasar á su carne, átomo por átomo, la fibra de cada conti-

nente. Alianza suprema de los séres sobre la tierra, cada parte del sér debia tener su sitio en su unidad. Tal es el hombre, sacerdote del mundo, creado á imágen de Dios, por su inteligencia. Pero como la inteligencia es en el Creador la unidad activa de la eternidad y de la inmensidad, el hombre, reflejo del alma divina en la tierra, tiene la mision de cumplir la ley del progreso, no solo participando cada vez mas del tiempo y del espacio, como el resto de la creacion, sino tambien participando mas y mas del pensamiento, esencia suprema de la Divinidad.

CAPITULO IV.

El hombre habia completado la creacion. Antes de él y hasta él, la tierra en contínuo trabajo habia producido sncesivamente el reino inorgánico, el orgánico y habia seguido en cada reino la misma ley de progreso, solamente de especie á especie, del liquen al árbol, por ejemplo, y del insecto al pájaro: pero cuando alcanzó en el hombre su último término, dejó tras sí las especies preliminares y preparatorias de la raza humana, como la huella de sus pasos impresa para siempre en la tierra, y tomó, saliendo del hombre y sin salir de él, su marcha hácia adelante.

Los séres anteriores á la venida de la humanidad, verdadero progreso unos y otros, en el momento de su